

UNIVERSIDAD: UN ANHELADO OBJETO DEL DESEO (APUNTES PARA UNA HISTORIA DE LA UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA)¹

Armando Martínez Moya²

Agradezco el honor de haberme designado para dictar la conferencia de Clausura del Congreso de SHELA en Barquisimeto, es para mí un acto inmerecido y sé que en gran parte se debe a mi vínculo profesional, a mi amistad y gran afecto por un gran número de colegas historiadores de este país y latinoamericanos.

Y precisamente por este vínculo en lo concreto con personas que tienen y han forjado un nombre y un apellido como estudiosos de los fenómenos educativos en el tiempo, con la búsqueda y la indagación de las evidencias de nuestro pretérito escolar, curricular y político universitario, situación que nos ha hermanado en preocupaciones y responsabilidades, es que quisiera que estas breves palabras que aquí expondré a ustedes, más que una versión histórica de la Universidad de Guadalajara, México, sea en realidad la posibilidad de reflexionar con ustedes en torno a la importancia que tiene la historia de las universidades en América Latina.

Así que, para que no sea este momento, un simple lapso protocolario que los canse y les resulte insulso o simplemente ajeno, buscare hacer un vínculo entre una historia: la de la bicentenaria universidad mexicana de Guadalajara, y el sentido que para los historiadores, las comunidades universitarias y la sociedad tiene el que analizaremos el trayecto de nuestras universidades, puesto que querámoslo o no, forman parte del

paisaje social y sentimental de una región y de cada uno de nuestros países. Es por ello que hare de esta exposición una suerte de collage, donde buscare conectar con cierta coherencia ciertos acontecimiento claves de la historia de mi Universidad con los problemas que como estudiosos del fenómeno educativo debemos de considerar.

Así que lo primero que me vino a la mente fue: ¿cuál es realmente el vínculo que pudiera haber de parte de ustedes respecto a la historia de una institución de provincia de un país latinoamericano como México, que como bien dijo nuestro prócer Benito Juárez, *México: tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos?* Empezare describiendo una numeralia cronológica y algunas notas breves solo para ubicar su historia en una nuez:

- *La Universidad de Guadalajara tiene una antigüedad de 221 años.*
- *Es la segunda de México también desde hace 221 años*
- *Fue solicitada en el siglo XVII y fundada en casi al iniciar el siglo XIX*
- *En casi un siglo de trámites 1696-1792, es posible advertir la competencia y las disputas de las corporaciones locales por influir en su modelo y gobierno*
- *No obstante su aparición al finalizar el siglo XVIII colonial, el modelo autorizado fue más desfasado respecto a otras universidades fundadas en América décadas antes.*
- *El Ayuntamiento de la ciudad fue su principal impulsor pero fue relegado al fundarse.*

¹ Conferencia de cierre del IX Congreso Internacional de la SHELA, Barquisimeto, 2013. Miembro de la Junta Directiva de la SHELA.

² Universidad de Guadalajara-México

- El cabildo eclesiástico copó el gobierno y las cátedras durante su existencia
- Casi Todos los catedráticos y miembros de claustro eran criollos originarios de la ciudad
- No obstante su largo periodo de gestión, solo duró como institución colonial 29 años en ejercicio (1792-1821).
- Su toma de posición a favor de la Corona y la condena a los insurgentes, le valió su fulminante clausura una vez que se estableció en México y en Jalisco el sistema federal republicano (1826).
- El gobierno federalista de la provincia abrió el Instituto de Ciencias del Estado, una institución de educación superior de corte napoleónico, donde se estableció por primera vez el estudio de ciencias exactas y experimentales. (1827)
- La Lucha entre liberales y conservadores durante gran parte del siglo XIX hizo que la educación superior quedara sujeta en Jalisco a los vaivenes del poder político.
- Cuando estaba en el poder el gobierno liberal, se abría el instituto científico y en consecuencia se cerraba la universidad, y viceversa, los gobiernos conservadores, una vez en el poder clausuraban el Instituto y reabrían la universidad, la cual fue reformada.
- Incluso cuando estuvo en el poder político un gobierno liberal moderado, permitió la existencia de las dos instituciones. Entre 1827 y 1863, es decir en 36 años, tanto la Universidad como el Instituto abrieron y cerraron sus puertas en 6 ocasiones cada una.
- Con el triunfo final de la segunda república en contra los conservadores y también contra el segundo imperio francés, la Universidad no volvió a abrirse más en ese siglo.
- En el último tercio del siglo XIX, las escuelas de educación superior quedaron bajo la operación directa del gobierno del Estado de Jalisco.
- En 1925, después de la revolución mexicana, se refunda la universidad pero bajo los criterios de la educación laica, popular y técnica.
- A partir de su fundación y como producto del crecimiento productivo, demográfico y comercial de la ciudad, la Universidad de Guadalajara inició un crecimiento geométrico en número de alumnos y profesores.
- A partir de 1933 la Universidad se vio envuelta en conflictos, huelgas, cierres, aperturas y reaperturas, con motivo de su toma de partido a favor de la educación socialista y de Estado que promovió el gobierno federal de Lázaro Cárdenas.
- En 1937, los grupos defensores de la libertad de cátedra y la autonomía universitaria abandonaron la Universidad y fundaron una privada abandonando esos principios. La Universidad de Estado quedó entonces bajo el control de los grupos pro-socialistas.
- En la década de los cincuenta, la universidad abandona la bandera de la educación socialista y plantea el nacionalismo y el antiimperialismo como rúbrica identificatoria. Aparecen los líderes morales y los grupos políticos que dominan la universidad en todos sus órdenes.
- En 1994. Ante el problema del gigantismo, la universidad realiza una reforma administrativa y territorial, denominada Red Universitaria y departamentalización, regionalizando y diversificando la oferta educativa. Esta reforma es comandada por la asunción de un jefe político que ejerce sobre la universidad un poder unipersonal.

- *La Universidad de Guadalajara Inició sus funciones con 45 alumnos en 1792. Actualmente cuenta con 125 mil.*

En seguida, retomare solo un girón de esta historia universitaria, la que corresponde a su naturaleza virreinal, para intentar reflexionar a partir de algunos de sus más significativos relieves sobre el devenir de las universidades en nuestra América.

Tal vez porque hay un telón de fondo, con múltiples significados que hace que nuestras historias sean en muchas circunstancias una sola. Hay lazos históricos, visibles e invisibles, simbólicos, sociales y culturales que se han fundido a través del tiempo y que nos hace identificables. Sabemos que las universidades son una creación netamente occidental; que empezaron a fundarse en América, cuando el proceso de conquista y colonización había ya transitado a la estabilización del dominio colonial. Situación suscitada fundamentalmente en los siglos XVI y parte del XVII. Desde entonces las Universidades fueron poblando la Geografía americana, Con la estabilización de los procesos productivos y los circuitos comerciales, así como con el control demográfico de la población por la jurisdicción de la Iglesia y el vínculo de los Ayuntamientos con los pobladores, las ciudades se fueron instituyendo y la necesidad de oficios profesionales se fueron convirtiendo en una necesidad. Los más importantes eran aquellos que requerían producir hombres expertos, primero que todo, en el control y difusión del paradigma cristiano occidental. El control de la mente. De ahí que la Teología y el Derecho católico fueron los ejes fundamentales del currículo. Junto a estos paradigmas, estaban también los que implicaban la mano maestra y erudita para dirimir los asuntos de convivencia y propiedad a través de la ley así como el cuidado de la salud. El Derecho y la Medi-

cina: El control de la conducta y el cuerpo.

Mucha historia ha corrido desde entonces. Los múltiples artículos y ensayos que bajo la cobertura de SHELA se han producido en los últimos 20 años sobre la historia de las Universidades coloniales de América Latina, se han convertido en una cantera fundamental de análisis y perspectivas de este importante periodo histórico. Estudios que si bien muestran los paradigmas civilizatorios de la dominación monárquica a través de la educación superior, nos permiten ver también que el asunto de las universidades fue cada vez más un asunto de los criollos y los mestizos americanos; si se quiere de elites o de comunidades productivas o gubernamentales, pero que representaban la conformación de sectores intelectuales que fueron operando desde sus propios razonamientos los modelos educativos impuestos desde la metrópoli. Hoy diríamos que fue un fenómeno que transitó del currículo formal al currículo vivido. Es la vivencia de un imaginario institucional y de gestión identificadorio de las provincias de América

Por eso nos une a todos los países del continente este histórico atributo propio: si bien todas y cada una de las universidades americanas fueron construidas en un mundo donde el orbe indiano fue monolítico, implacable y aplastante para no permitir ni un ápice de independencia ni soberanía americana puesto que todo, incluso las reformas tenían que venir etiquetadas de la metrópoli, las gestiones fundacionales y operativas de las universidades fueron sin duda espacios ganados, conquistados fundamentalmente por las ciudades y provincias americanas. He aquí un vínculo identificadorio desde la construcción de nuestra identidad continental. En Perú, Colombia, Venezuela, Argentina y muchas más, la pujanza de los intelectuales criollos, tanto

en el campo civil pero también incluso de algunos sectores de la Iglesia, hizo emerger en el paisaje institucional la majestad imponente y singular del pensamiento universitario, no importa que por concesión u omisión o que fuese muchas veces invadida o influenciada del poder corporativo o de la sujeción filosófica del dogmatismo clerical. Lo cierto es que en su proceso de instrumentalización curricular es signo de la configuración de un paradigma cultural universitario mexicano.

Ya sabemos que no eran universidades populares ni podrían serlo, ni laicas ni científicas a cabalidad, porque el espacio del sistema colonial, no era el mundo aún donde estos atributos gravitasen contundentemente, sino apenas aromas que fueron penetrando tímida pero perseverantemente como un espectro, como una evidencia de identidad. Cuando en la propia Europa, el enciclopedismo, el humanismo y la ilustración se fueron abriendo paso trabajosamente, las universidades americanas dejaron entrever entre sus rendijas impulsadas por los criollos, los reflejos si se quiere tímidos de esos paradigmas que planteaban ya la emancipación del pensamiento que buscaba desligarse trabajosamente de la prisión dogmática de la escolástica. Así que la historia de las independencias americanas no debe solo circunscribirse al relato de los episodios de las gestas políticas, sino también, desde la perspectiva de los afluentes emancipatorios de nuestras naciones, a la construcción de trincheras instituyentes de la educación superior colonial.

Como en el resto de la América española, la Real y Literaria Universidad de Guadalajara, fundada en 1792, construyó en 1814, sus propias Constituciones para erradicar las de Salamanca que le habían impuesto con su fundación. Junto a esta evidencia jurídica, inscrito como una lu-

cha por actuar en lo instituido, estaba la confección de su cuerpo docente, desplegando líneas y modelos de un pensamiento filosófico y analítico inusitado que se ubica en las antípodas de la ciencia y el estudio de los hombres y las culturas propias. Esta reivindicación de lo propio, aunque sea en jirones, -en fragmentos, en su inclusión conceptual en alguna asignatura agazapada entre el culmen del escolasticismo-, es sin duda uno de los elementos más significativos de las universidades americanas. La Universidad de Guadalajara lo tuvo, no obstante que su modelo estaba confeccionada bajo los *principios del miedo*, es decir, bajo el influjo que retrotrae el avance científico borbónico ante el terror propiciado por la revolución francesa.

La Universidad de Guadalajara fue establecida casi al finalizar el siglo XVIII, siendo, junto con la de Quito las últimas en establecerse en América en el periodo colonial. ¿Por qué esta tardanza? ¿Por qué una universidad para América cuando esta por asomarse el siglo XIX? Era 1792, solo dos décadas previas al levantamiento insurgente en 1810. ¿Qué fue lo que hizo a la Corona española autorizar hasta entonces su establecimiento? Pudiera pensarse que su aparición era evidencia del reformismo ilustrado español. Pero los acontecimientos europeos y americanos lo explica desde esos referentes. Además, porque para entonces, ya reinaba Carlos IV, personaje que como sabemos no se caracterizó precisamente por la continuidad de las reformas de su antecesor sino por retraimiento de las reformas impulsadas. Pero: ¿por qué una universidad tan tardía en una ciudad que era la segunda más importantes de la Nueva España? ¿Bajo qué cobertura se fundó si para entonces ya la vena refuncionalizadora del despotismo ilustrado parecía languidecer?

La Universidad había sido solicitada por primera vez al rey en 1696, y fue finalmente edificada en 1792, casi cien años de trámites. Si alguien osa asomarse al archivo que celosamente guarda el Ayuntamiento de Guadalajara, la Real Audiencia, el Archivo histórico de la Universidad y otros acervos particulares de la época, quedaría impresionado por los voluminosos expedientes elaborados sobre el asunto relativo a los trámites para fundarla. Este hecho es sin duda único respecto al resto de las universidades coloniales: ¡cien años de espera!! Sobre este dilatado hecho se ha fincado el inicio de una periodización y sobre todo un mito expansivo, es decir, convertir el siglo de trámites como una muestra de pujanza y resistencia por quienes durante todo ese tiempo insistieron en lograr su erección.

Es un largo periodo mutante, una suerte de transformación silenciosa respecto a lo que era Guadalajara en su región en las postrimerías del siglo XVII y su desenlace casi al despuntar el XIX cuando aparece por fin fundada la Universidad. De un siglo a otro han pasado para entonces demasiados asuntos. El mundo es otro; ni las necesidades, ni las circunstancias ni las formas de pensar podían ser iguales. Pero el estudio de este periodo es una oportunidad para ir más allá de la efemérides centenaria de una institución, para situar el acontecimiento dentro de una explicación y un contexto mucho más amplio y complejo: el de la historia de la ciudad y sus poderes, concebir la región como enclave, el mundo del conocimiento certificado entonces vigente; la civilización corporativa como muestra tangible y simbólica del dominio colonial.

¿Por qué la obsesión por calificar a las instituciones como corporaciones? Porque son, como diría Octavio Paz, ogros filantrópicos, por todo lo que dan pero también por su naturaleza de control y poder, las cuales

quieren intervenir para influir en el modelo universitario y de su futuro gobierno. Las corporaciones gravitan en la arena social, su mirada está en todas partes y aunque cumplen todas las funciones de cohesión y sometimiento de los habitantes indios, mestizos castas y criollos, entrarán no sin su retórica encubridora y su cortesía señorial barroca, en contradicciones y diferencias, pues se disputan sus fronteras. Estas contradicciones se verán reflejadas en la actuación de cada institución a la hora de pedir, dilatar, contradecir, compartir, arrebatar los procesos gestionarios. ¿Quién tendría más poder sobre ella una vez fundada?

Estos cien años de trámites permiten también acercarse a conocer también los contextos de la Guadalajara colonial y su entorno; sus pliegues culturales y sociales de un contexto del occidente neohispano basto pero inequitativo, clerical y productivo. Y en esta trama, está también el discurrir histórico de su propio tiempo, los hechos que evitaban la cristalización de un anhelo (la densa burocracia del consejo de Indias, el miedo del liberalismo francés exterminador) o por el contrario su vehemente insistencia (cartas y más cartas, informes y más informes petitorios). Todas estas incidencias, es evidencia de las derivaciones que los hechos propiciaron y la influencia para reproducir un modelo que busca eternizarse. Así que cien años de exigencias muestran algo más que una efemérides institucional. Nos permite asomarnos a entender el carácter y la naturaleza de la provincia, lo que era ese conglomerado de personas que vivieron diferentes momentos del proceso fundacional.

Cada historia va construyendo sus criterios de periodización, sus protagonistas, la selección de sus relieves singulares, ya con sobresaltos, ya como tendencias de larga duración; todos estos hechos van construyendo

una explicación. La historia de la Universidad de Guadalajara aporta para la historiografía sus mitos fundacionales (la larga espera y su cristalización definitiva), periodo construido como una larga y sinuosa fase prefigurativa. ¿Qué es lo importante de todas esas anécdotas que registra tantos trámites hechas por tantas manos? Están desde luego los hechos estelares seleccionados por el historiador y colocarlos como dice Edward H. Carr, en el cajón de los acontecimientos celebres. Y están también y como resultado de ellos, los mitos que se van construyendo como explicación popular de una suerte de sucesos a los que se les busca sentido.

Para el imaginario popular el mito es clave. Mitos que juegan un papel determinante para adherir la explicación a los sentimientos y el inconsciente colectivo. Lucien Febvre dice que el primer combate por la historia es convertir el mito en un hecho tangible y los acontecimientos tangibles en mito de pertenencia. Nuestra historia latinoamericana está llena de mitos fundacionales, empezando por el origen de nuestras naciones. Pero también nuestras instituciones los construyen, entre ellas las Universidades. Los mitos son actos incommensurables pero se van convirtiendo en razonablemente necesarios porque la gente hace suya la trama. Se hacen creíbles y se instalan como una versión verídica, por más idílica que sea. ¡Oh la Universidad!! ¡Cristalización de un anhelo levantado por la sociedad toda, como muestra de la grandeza de la ciudad y su destino!

Se trata de creer -como diría José Emilio Pacheco-, en ese fulgor inasible, cuando se refiere a la aureola que envuelve el concepto de patria o de los efluvios ensoñadores que enmarcan a una institución. El primer mito de la Universidad de Guadalajara fue este expandido mito fundacional -¿quién va a dudar del voluntarismo apasio-

nado de tres generaciones que, no obstante sus desacuerdos y desavenencias, querían una universidad para la Nueva Galicia? Este mito es vehemente, cala hondo y el respetable se emociona y ofrece su pecho latiendo aceleradamente. Este mito fundacional ha jugado un peso tan fuerte, tan contundente en la cabeza de los habitantes de Guadalajara y sus alrededores, que sigue íntimamente ligado a la justificación del devenir de la institución.

Más allá de ese mito sensible y edificante que forma parte ya de la historia oficial de la ciudad, se necesita la explicación histórica. En este sentido, la fundación de la Universidad implicaba registrar algo más que una línea del tiempo de una institución educativa como la que trace arriba. Se trata también sin embargo de mirarla como una corporación: una institución monolítica perfectamente conectada con los poderes reales y los de la ciudad. La existencia de la Universidad tendría una importancia política, jurídica y cultural de muchísima importancia. Así que atrás de la larga cadena de trámites gestionarios, la lucha intercorporativa está presente: soterrada, descarnadamente evidente, pues tanto la Iglesia, las órdenes religiosas, como la Audiencia y el Ayuntamiento, en tanto que corporaciones coloniales que monopolizan el espacio social, lucharon cara a cara para sentirse los autores de la cristalización de la Universidad. Cada quien llevó agua a su molino, cada quien presentó su propio modelo institucional y su propuesta educativa. Así que durante cien años desfilaron propuestas, agregados, suplicas, estudios, recordatorios, peticiones, exigencias, aportaciones, promesas, diagnósticos, para que la Universidad se fundara. Este es el primer tiempo de la historia de la Universidad. Una historia universitaria sin universidad, pues es hasta el final, cuando la institución finalmente nace.